

La novela que no se vivió

PAR
EPIKURO POLTKA



I

ANTE la aparición de un vado, supongo que la carretera se suicidó de un modo humorístico en el "estero", al no encontrar un puente que hiciera posible su permanencia sobre la tierra, por que un misero camino municipal que desde la orilla opuesta conduce al rancho de "Funes", heredó su nombre y honores pero no su amplitud y firmeza.

Serían las cuatro de la madrugada de un hosco día de noviembre, cuando en compañía del dueño y conductor del "quiles" sobre el que hacia el viaje, traspusimos la empinada cuesta del vadeo. Densa niebla pegajosa envolvía con opaca caricia las miseras casas del rancho desdibujadas en el horizonte, y creyérase sueño la visión del poblado a no ser por las voces amigas de los gallos en cuyo calor el amanecer encontró cordial estímulo para el parto del día.

El humilde camino de "Funes" serpenteaba indeciso entre el verde oscuro de la vegetación del "taná" y la última hora de la noche, livida y fria, con húmedo calor de agonizante, puso tintes violaceos al paisaje cuya tristeza timidamente ne-

gada por la airosa silueta de algún cocotero, aumentó por el perezoso y tardo chirriar de la primera carreta conjugado con el huérfano aullido de un perro que huía con los huesos de su hambre.

En breves minutos se salva la distancia que separa el río del rancho y pronto atravesamos por delante de sus primeras casas.

Lento el despertar del pueblo, como si en la sinrazón de su existencia encontrara disculpa para el sueño, mostraba escaso dibujo de humos en la altura y parca actividad de trabajo en el suelo. Y al transitar por sus calles, desiertas y en el campo perdidas, nos siguió indiferente la inexpresiva mirada de sus habitantes: mujeres mudas y quietas en petates; hombres cansinos, vencidos por tristes y miseros pensamientos de holganza.

Las casas, menudas jaulas de caña con techo de "cogong", estaban situadas a enorme distancia entre si, en desprecio al inútil valor del terreno, y a su amparo, carabaos, cerdos caballos en patriarcal libertad y en la calzada del camino, contrastando con la cautiva existencia de un gallo de pelea, amarrado y saltarin de comba, en el extremo seco del solar.

Arboles escasos y sin viento, mansa agua en las charcas, húmeda pereza, silenciosa quietud, completaban el diseño con que al mundo se mostraba este pueblo de muertos, encerrados en pequeños sepulcros de caña.

II

El "quiles" que me conducía, se detuvo ante un caserón que ostentaba el en parte justificado nombre de "Hotel del Porvenir", y un muchacho en traje de playa, se apresuró a tomar mi "tampipi" mientras decía *Sir* y otras cosas, que él, nunca llegó a comprender.

Por qué razón todos los mozos de posada que he encontrado en mis viajes se complacen en "asesinar" la lengua de Edgardo Poe?...

Esta pregunta que me he formulado infinitas veces, solo tiene una respuesta clarividente: la influencia del cosmético en la cabeza del indígena que desprecia el original brillo y delicado oleo del coco para el cultivo de un "tabo" de charol.

El edificio del Hotel Porvenir, adolecía de un defecto fundamental. Acribillado de esmaltadas chapitas y carteles de papel anunciadores de aceites, cigarrillos, leches, gasolinas y petróleos de primera clase, estaba huérfano de esa severidad arquitectónica que se exige cuando se pagan tres pesos diarios de pensión.

Precioso era el clásico detalle de la división en dos del cuerpo del edificio, partes unidas por un "pantalancito", sucio como palo de gallinero, que hacía pensar con tristeza en el gárrulo son del viento en las que hoy, muertas cañas materializaban su fábrica. Una de ellas, era abacería en sus bajos sobre los que se asentaban monásticas habitaciones de dormir y comedor, y la otra, cocina y "casillas" en los altos, bajo los que un cerdito vivía prisionero como ejemplo viviente y elocuentísima demostración de la continuidad de la materia.

El interés turístico del Hotel se reducía a dos motivos extraordinariamente cosmopolitas; uno, la brillante cabeza del muchacho que me llamó *Sir*; el otro, la poliglotez asombrosa de los favorecedores de los dos frascos de ginebra y vinaraya, que rodeados de vasitos, decoraban la entrada: ilocano, bicol, inglés, cagayan, chino, ibanag, castellano, yogat, árabe, pampango, gad-dang, tagalo, sanscrito, itawes, japonés y pangasinán, más una mezcla de todos mestizo plural de todos ellos que no lo entendía nadie.

Mi entrada en el Hotel Porvenir, fué un acontecimiento en "los círculos sociales de Funes", y la señora Generosa Lingaten, dueña del mismo, se apuntó un triunfo muy legítimo con la adquisición de un huesped tan desconocido.

En aquella minúscula torre de Babel, pa'ayero ideal para la murmuración cenagosa los comentarios sobre persona extraña tenían el sabor ex-

quisito de la tentación a la que no se resiste; de ahí que durante veinticuatro horas, se hablará y supusiera desafortadamente sobre el objeto de mi viaje, la categoría de mi persona y el capital de que podría disfrutar.

Para unos fuí Wilson, para muchos un representante de los tabaqueros de América, para nadie una persona decente.

III

—Adios apo,—susurró una señora cincuentona cuando traspuse el umbral de la abacería—. Cuanto tiempo ha tardado Sofronio en avisarme su llegada!... Dispense usted, son poo "progresivos" estos mucachos... Siéntese y considere que está en su casa... Por muchos días?... No?... Que lástima... Con lo cerca que tenemos el Reino de "Funes" Day... . . .

—Si, es una lástima, murmuré.

Se hizo un silencio, del que como es natural, salimos por ella.

—Lo que no comprendo es la "transportación" que ha utilizado para llegar a esta hora... . . .

—Un modesto "quiles"... . .

—Lo más indicado; un automóvil, es más cómodo, pero su "pagamento" elevado hace que no se utilice mas que en verdaderos casos de "emergencia". En "quiles" dice, y desde donde... Desde Manila?... . . .

—Desde Tuguegarao, señora. —Antes de el, tuve que usar desde truck y auto, hasta caballo carabao y banquilla: llevo quince días de viaje... . . .

—No me diga usted; el viajar por aquí, es un "romance", un verdadero "romance" de aventuras. Pero, en fin, ahora podrá descansar; está usted solo en el hotel; claro, que lo tengo limpio como si hubiera pedido habitaciones desde ayer; anoche, cantó mucho la lagartija y pensé inmediatamente que íbamos a tener huéspedes "este" día... Y de calidad, si no me equivoco... . . .

Iba a corresponder al cumplido, cuando ocurrió un hecho memorable en los anales de mi estancia en "Funes". Una voz femenina atacó furiosamente el "Ramona"; la voz se aproximó y ante mis ojos viajeros por Cagayan durante los últimos quince días, apareció una mujercita, que al verme, sorprendida calló, intentando retirarse después de saludar torpemente.

Apretada en carnes breve en curvas por la elástica pubertad que en triunfo esplendoroso mostraba su paso de niña a mujer; morena, mas por sol que por raza; endrino el cabello con oscuras tonalidades de záfiro cuando la luz lo hería; alto el pecho, firme, recogido y opuesto; carnosos los labios, prontos a la sangre; profundos los ojos, propicios a creer; nerviosa y esquivia: ingenua y femenina, la belleza espigada y rotunda de la linda dalaga era como luz de abril en huerto cerrado: euforia de vida aprisionada en



tapiales, que sugiere hondos y humildes optimismos de serena hermosura.

—Mi sobrina Felicísima...

No pude reprimir los cordiales impulsos de mi abuelo español:

—Preciosa, señora. Digna de que alguien y por ella, utilice su nombre para que su vida sea un exacto reflejo de superlativo tan delicioso...

—Jesus, María y Josep...

—De nada, señorita...

Callamos. En la humilde tienda, flotaba mi sorpresa como una interrogación amable.

IV

Acompañado de Sofronio, me retiré a "mis habitaciones particulares". La reducida estancia, amueblada con modestia, no ofrecía nada digno del cuento. Solamente aquel ventanal, en cuyo marco parecía prisionero un paisaje de Arellano, pudo compensarme de su pobreza: Sobre el Río Grande un "barangay" que a fuerza de "tic-quin" intentaba ganar la altura del pueblo; sobre el "panpan" de la otra orilla, un cocal que con gesto elegante e imponderable, se erguía soberbio con la castiza y flexible belleza del trópico.

Abrí mi equipaje; comprobé cuidadosamente que la credencial que me acreditaba cerca del Delegado de Sanidad, estaba en su sitio; me puse un pyjama, encendí un cigarrillo y esperé a que prepararan la ducha.

En aquella perezosa frailería, soñé una pequeña novela sentimental. Desde hacia cuatro años vivía en Manila en uso de una plena ociosidad y como

consecuencia, hacia vida de noche. En cabarets, teatros alegres, bailes y cervecerías era más conocido que en mi casa. Tuve aventuras con bailarinas de music-hall y con artistas que creyéndose estrellas no alcanzaron más brillo y honores que los de la Vía Láctea. Perdí dinero, peso y humor y un día, asqueado de mi existencia y a ruegos de mi madre terminé la carrera; a los seis meses ingresé en el Servicio y me destinaron a "Funes". Afortunadamente encontraba ocasión de reconstruir mi vida.

Volvía a la provincia de la que nunca debí salir; a la vida tranquila y sosegada, llena de esa jugosa felicidad que se disfruta cuando están en armonía corazón y cerebro. El pasado, muerto desde hacia quince días, me pareció en aquel momento una pesadilla angustiosa. El recuerdo de los consejos y caricias de mi vieja madre, a la que fui a abrazar a Malolos antes de dirigirme a mi destino, me llenaba de felicidad. Y el de aquellas sus lágrimas de alegría al verme hombre honrado y de trabajo, me daban una fuerza inmensa para vivir según las enseñanzas de mi padre.

Inconscientemente derivé a Felicísima; aún flotaba dentro de mí, la amable interrogación que en mi vida provocó su presencia. Tagala como mi madre, la recordaba de joven; tal vez mi padre la amó, cuando era tan linda como ella.

La ruborosa sorpresa de la niña, me había herido amablemente. ¡Qué dulce su mirada pidiendo compañía con la ingenua inconsciencia de la puerbertad! Que temeroso su rostro, cuando mis ojos sonrieron a su belleza...

En aquel rincón de Luzón, podría amarla; si era huérfana, en mi madre encontraría la suya perdida; si pobre, en mi trabajo la mina de donde saldría su abundancia.

Así continué soñando, hasta que Sofronio me anunció que la ducha estaba dispuesta.

V

A las doce, almorcé. Felicísima dirigía el servicio de la mesa; como si la conociera de siempre, inició la conversación. Dije quien era y a que venía y asombrado escuché de sus labios,— ¡Oh crueldad de la vida!—, que aquel pueblo, no era "Funes". En el cruce de Dangaran, había confundido el camino.

Por la tarde salí del Hotel Porvenir con dirección a "Funes", y se terminó inesperadamente aquella novela de humilde sabor pueblerino y sentimental, que por no haberla vivido me decido a escribir en este momento...